

### Muerte de Durruti

*¡Ha muerto Buenaventura!  
Por la mañana acabó.  
Peleaba como bueno  
y como bueno cayó.  
Una bala mercenaria,  
del ejército traidor  
le abatió en el verde césped,  
que de rojo se tiñó.  
Los hombres que le seguían  
ninguno lloraba, no,  
porque ya ninguno llora,  
porque hombres de acero son.  
Con los labios apretados  
se mordían el dolor,  
fijos los ojos, sin vista,  
hacia donde sale el sol,  
puesta la mano en la boca  
de su fusil vengador.  
¡Ay, valles de Estrechoquinto,  
cimas de Montearagón,  
altas montañas de Caspe,  
vegas de Bujaraloz!  
¡Ay, tierras de Cataluña,  
que Durruti defendió!  
¡Se acabó vuestro valiente!  
¡Se fué vuestro luchador!  
Vino a defender Madrid  
y Madrid se lo tragó,  
para vergüenza de huídos  
y ejemplario de valor.  
Ciudad Universitaria,  
que el pueblo levantó  
para mostrar a sus hijos  
fuentes de estudio y amor.  
¿Cómo les dirás mañana  
lo que en tus aulas pasó?  
Mañana cuando a los mundos  
los alumbre un nuevo sol  
de libertad y cultura,  
—el sol que ayer no salió  
para no alumbrar el césped  
que de rojo se tiñó—  
les dirás que hubo un Durruti,  
que aunque cayó, no murió.*

# ¡Durruti!...

## DURRUTI, NUESTRO GUIA

CÚMPLASE ahora, concretamente el 20 de noviembre, el X aniversario de la muerte de Buenaventura Durruti. De la cantera granítica de su vida ha de sernos muy fácil extraer materiales, no para aquilatar la valía de nuestro mejor capitán, que es asunto, por sabido, con demasiada frecuencia olvidado, sino para realizar un balance de lo llevado a cabo hasta hoy en el orden de nuestros principios e ideas y formular directrices que concreten el futuro orgánico del Movimiento Libertario.

Cuando nosotros hablamos de posponer toda cuestión ideológica o personal a la labor gigantesca de abatir al fascismo, lo hacemos pensando que Durruti había ya superado la etapa de rigidez militante en nuestra C.N.T. para convertirse en ídolo popular que simbolizaba la opinión y el anhelo del pueblo español, a cuya finalidad consagró y quemó su vida. La columna Durruti, «primera unidad militar» que la República opuso a Franco en la paramesa de Bujaraloz, se formó no como colectividad sectaria o de clan, sino al mágico conjuro de su nombre. En una palabra: si es cierto que la C.N.T. y la F.A.I. patrocinaron su constitución no pudieron impedir, ni ese fué su propósito, que en aquella gloriosa pléyade de luchadores se diesen la mano todas tendencias del antifascismo; de las más templadas a las más radicales; desde el poseso y el albañil hasta el médico y el ingeniero; desde el «sin camisa» hasta el joven cuyo atuendo hacía adivinar al esquiador invernal de la clase acomodada. Todos ellos fueren

rastrados por el verbo, la sencillez y la honestidad de Buenaventura Durruti. Verbo que a no tardar había de aguijonar a la retaguardia, un tanto despistada del deber de la hora, para conducirla también a la realidad diaria, al trabajo creador de armas y bagajes con que alimentar el frente de combate. Concreción y parquedad, sintetizadas en aquella frase: «RENUNCIAMOS A TODO EXCEPTO A LA VICTORIA.» ¡Pero, en la brevedad, que magnífica renunciación la suya y que justeza en abarcar el panorama nacional y exterior del momento!

En tanto que hombre de la C.N.T. cabe preguntar, ¿era aquella la primera vez que Durruti renunciaba a lo consubstancial y básico de su ideario? No; no era aquella la primera ni sería la última vez hasta la hora de su ya cercana muerte. Recordemos — y es un deber ineludible hacerlo — que Durruti se presentó ante un auditorio militante a glosar algunos de los acuerdos recaídos en el congreso de Zaragoza y sus primeras palabras fueron para afirmar rotundamente «que se estuviera o no conforme con aquellos resultados, el deber de cada uno era formar en la fila como soldado de la Organización y así lo hacía y otro tanto cabía esperar de la militancia».

Ocurría esto en el mes de mayo, a dos meses plazo de la mayor tragedia que registra la Historia de España. Han transcurrido diez años y el pueblo español después de la derrota sufrida a manos de Hitler y Mussolini ha llegado al borde del abismo. Entonces teníamos, aunque pocas, armas suficientes con que haber triunfado de Franco y sus cobardes mesnaças. En nuestras manos se hallaban las fábricas y el campo con los que alimentar a nuestro ejército. La esperanza de que, al fin, nuestra razón — la que hoy todavía nos asiste — sería reconocida hizo el milagro de los 32 meses de resistencia. No fué así; la superioridad de medios del fas-

cismo hundió a nuestro heroico pueblo en la esclavitud en que se halla.

Pregúntese ahora cada cual con la máxima sensatez y abarcando no solo nuestro campo, el del M. A., sino a todo el pueblo que seguía alucinado a nuestro Durruti: si él viviera ¿volvería a renunciar a todo para conseguir devolverle la libertad tan preciada? ¡Pero, antes de responder, recuérdese que en octubre de 1936 fecha en que fué pronunciada la frase aludida, Durruti y la C. N. T. poseían más fuerza que nadie en todas las esferas de la vida social española en la zona leal a la República; que Durruti renunció y la C. N. T. apoyó su actitud y la llevó hasta el fin. Que acató la militarización, convino en llevar sus hombres a los ministerios, al Ejército, a los Gobiernos civiles, a los ayuntamientos, a cualquier lugar donde la responsabilidad exigía la sensatez al lado del duro trabajo que Durruti simbolizaba. Si Durruti viviera estamos seguros que sería el adalid más firme y decidido de la posición que hoy sigue el M. L. por ser la única que puede posibilitar la liberación de España de las garras del franco-falangismo. Durruti con su realismo y alteza de miras desbordó el campo específicamente libertario para convertirse en depositario del sentir nacional. El legado de Durruti pertenece, por tanto, al M. L. Estamos y estaremos en esta línea de conducta; proseguiremos la lucha utilizando los característicos métodos durrutianos: honestidad, valentía y audacia. Si el legado nos pertenece también es nuestra la responsabilidad, porque, como nuestro héroe, en este momento crucial somos los auténticos representantes del pueblo español. ¡Sin desmayo, con decisión y entusiasmo, prosigamos nuestra obra hasta la total liberación de España!

¡Con el pensamiento de Durruti, a la victoria! ¡Viva el Movimiento Libertario!  
Cataluña, 20 noviembre de 1946